www.edicionesera.com.mx

MARIO GONZÁLEZ SUÁREZ

MARCIANOS LENINISTAS

Ediciones Era

www.edicionesera.com.mx

Para Margarita porque despertamos de Plutón.

Autobiografía revelada

◆

Vine al planeta a principios del único año en que mis padres se quisieron. Eran felices porque después de dos niñas al fin habían tenido un hijo varón. De mis primeros años conservo en la piel el polvillo verde de la atmósfera dramática que creaba la presencia de ambos en una misma habitación. Me producía alergia y desde la mañana empezaba a estornudar.

Aunque no tardaría en emanciparme de su influencia directa, sus almas ratoniles y la tacañería de sus afectos marcaron mi carácter, proclive a la soledad y la melancolía. Quizá esta disposición anímica era mía desde siempre, desde capítulos anteriores de mi autobiografía. Del que hoy cuento puedo decir que algo tuvo de huida. Aún no me aclaro si este mundo es un callejón donde me perdí o una estación obligada antes de continuar al siguiente episodio.

No sé a quién agradecer que me hayan bautizado con el nombre del santo del día en que nací, y no con el de Jesús, el de mi padre o el de algún tío o antepasado de esos cristeros con nombre de papa que hubo en mi familia paterna. Porque en la rama de la familia de mi madre maduraron dos personas que para mí han sido el punto de referencia obligado cuando trato de entender o adaptarme a las cosas de la vida.

Mi tío Arturo y su esposa la tía Susi eran el blanco cotidiano de las inclinaciones incestuosas y la insidia de mi madre y sus hermanas. Como la abuela había desplazado el sentido de sí misma a la contemplación de los actos de su hijo Arturo, al principio se inventó una rivalidad con su nuera. Nunca tuvieron hijos y yo me preguntaba por qué no habían sido ellos mis padres.

Yo era muy pequeño para comprender o siquiera participar del entusiasmo de mi tío Arturo cuando los norteamericanos llegaron a la Luna. Repetía como una consigna revolucionaria la

frase del comandante Neil Armstrong: Un pequeño paso para un hombre, un paso enorme para la humanidad. Mi padre le hacía burla en serio, le decía que aquello era más ridículo que creer en la virginidad de María –como él–, que nadie puede llegar a la Luna. Luego lo tildaba de incoherente, porque mi tío comulgaba con ideas socialistas y cada vez que traía a cuento algo encomiable se refería a la Unión Soviética. Mi tío Arturo, según me reveló Susi al final, buscaba en cada individuo los signos de la especie, y no dejaba de sentir su parte de culpa por las tropelías que otros hombres cometían en las distintas naciones. Admiraba a John Lennon y de entre sus recomendaciones vitales me gustaba aquélla de Nunca te cases con una japonesa. Había estudiado economía en la UNAM pero trabajaba en la oficina de contabilidad de una fábrica de refrescos.

A finales de los años setenta mi padre, que había nacido para trabajar y nunca ser rico, se compró un coche gringo, de esos nacos grandotes y con molduras de espejo, del que hablaba en cada sobremesa como si de un amigo suyo se tratara. El carro nos apantallaba a todos, pero mis hermanas, mis primas y yo no tardamos en rehusarnos a salir a pasear en él porque mi padre era muy atrabancado y casi siempre lo detenía algún oficial de tránsito, y a nosotros nos daba miedo, creíamos que nos iba a matar, como contaba mi tía Susi que el ejército había matado a mucha gente años antes.

Luego vino la época en que los obreros de la empresa donde trabajaba mi tío Arturo se fueron a la huelga; él no sólo perdió el empleo, también cayó en la cárcel, por haberle dado la espalda a sus patrones. Entre la abuela, mi papá y mi tía juntaron dinero para pagar su libertad; lo tenían en la treceava delegación de policía, por el rumbo de nuestra casa. El aspecto que traía mi tío Arturo cuando lo soltaron era el de un hombre que se ha caído en un pozo o lleva muchos días de juerga. Por las noches venía gente que se encerraba en la casita de mi tío y Susi. Teníamos miedo y no sabíamos qué hacer. Yo creo que mi papá era el único que alcanzaba a ver de qué tamaño era la bronca. Las mujeres no entendían nada. A mi pobre abuelita le terminaron de salir todas

www.edicionesera.com.mx

las canas. Al poco tiempo mi tío desapareció. De esto recuerdo más las conversaciones de los mayores que los sucesos concretos. Y también de oídas supe que a mi tío se lo habían llevado a Cuba y de allí a Centroamérica. Las mujeres condescendieron dolorosamente, convencidas de que allá estaría más seguro que en México. Mis padres tuvieron insufribles discusiones a causa de los actos de mi tío. Él veía en su conducta las consecuencias de la malcriadez, de la indulgencia hacia los caprichos de alguien que nunca había trabajado de veras. Y yo creo que también le tenía celos, porque mi tío Arturo era el centro de la casa –el hombre de la casa–, y por supuesto mi madre defendía a su hermano. El paradero de mi tío era un misterio que alternativamente les causaba orgullo y tristeza. Creo que mi abuela, la tía Susi y mi madre evitaban hablar del tema porque la conversación terminaba en unos silencios como lápidas.

Cierta tarde mi tía Lina deslizó un comentario cizañoso sobre el paradero de mi tío Arturo: que no había sido ningún ejemplo a seguir, que todo el mundo sabía que era un putañero. La tía Susi le respondió con una mirada de rayo láser que la desintegró. Tardaría años en descubrir la fuente de poder de ese rayo.

En una sobremesa la abuela dijo –y hay que reconocer que no enfrente de su nuera– que aunque el inmueble donde vivíamos lo había testado a nombre de Arturo, la heredad pertenecería a sus nietos porque la tía Susi no era legalmente su esposa ni tenía descendencia. Que nunca se hubieran casado era un pecado que la abuela le había echado en cara sólo a Susi, porque Arturo podía hacer lo que le diera la gana.

El ninguneo de mi abuela duró hasta que desde algún lugar de México le enviaron por correo a mi tía Susi una moneda de aluminio o cierta aleación muy ligera que no era sino la medalla que el alto mando le había concedido al combatiente Arturo Suárez Barrientos, caído en acción. Por un lado estaba acuñado el rostro de Augusto César Sandino, por el otro una estrella y el nombre de mi tío. La condecoración venía envuelta en una hoja de papel donde algún comandante había estampado su firma al calce de la promesa de canjearle al deudo esta medalla por una

de oro en cuanto se ganara la revolución. Lo de Sandino es una suposición mía porque yo tenía doce años cuando mi tía recibió la moneda. A los quince, en la vitrina de una de las casas numismáticas que sobreviven en el Centro, me encontraría un par de monedas muy parecidas a la que guardaba mi tía Susi, pero los rostros troquelados en ellas correspondían a Bakunin y Giordano Bruno respectivamente.

Con la medalla, mi tía vino a hacerse la hija preferida de mi abuela. Es importante el hecho de que vivíamos en la propiedad de ella, que ocupaba un predio considerable en la vieja colonia Lindavista, ubicada al norte de la ciudad. En la casa central vivían mi abuela y la tía Lina, una señora flaca, siempre en chanclas y casi sin tetas. Nosotros vivíamos en la casa de atrás, entre unos pirules. Y éste era el principal tumor del mal talante de mi padre: odiaba vivir en casa de su suegra pero se lo tenía que callar sólo porque se lo mandaba mi madre, pues él ganaba lo suficiente para pagar una vivienda propia. Como la tía chica, Elvirita, se había ido con su esposo –un cabrón dizque agente de viajes, según Lina– y sus hijas a otra colonia, la tercera casa, una casita hermosa que parecía chalet suizo y que nada tenía que ver con las otras, se había quedado para Arturo y Susi. Y ahora la tía Susi vivía sola. Tal vez no tenía adonde ir, aparte de que mi abuela nunca le hubiera sugerido siquiera que desocupara el inmueble, que se veía como me imagino que ella se sentía: la casita estaba ladeada, justo de la mitad del tejado bajaba hasta el piso una grieta, parecía partida por un rayo pero la verdad es que la habían tronado las raíces de un colorín. La tía Susi visitaba a la abuela con frecuencia, se hablaban de tú a tú ya permanentemente unidas por un dolor que las hacía hermanas. Pero había un detalle del que logré percatarme por encima de las apariencias. La verdadera viuda parecía mi abuela, y les hacía creer a sus hijas que se compadecía de Susi pero era al revés. Mi tía Susi permanecía en un silencio enigmático, más propio de la preocupación que del duelo.

Creo que en realidad a nadie le importaba lo que sufría mi tía Susi. Yo tenía la impresión de que la actitud de mi madre y

www.edicionesera.com.mx

mi tía Lina equivalía a un mensaje velado de: ¡Te lo mereces, maldita, por haberte cogido a mi hermano! Pero para callarles su holanuda bocota, llegaron tiempos difíciles de los que no hubiéramos podido salir sin la solidaridad de mi tía. El negocio de mi papá estaba a un tris de la quiebra, casi no había entradas en la casa, mi mamá se dedicaba a cuidarnos, la tía Lina ya tampoco tenía empleo, si así se le puede llamar a la venta a domicilio y por catálogo de cosméticos y vajillas de plástico. La tía Elvirita vivía con su marido y su estabilidad no dependía tanto de nosotros. Mi tía Susi trabajaba en una tienda de fotografía. Esa vez que estábamos tan jodidos, mi tía Susi puso su cámara y su tripié personales para llevarlos al monte de piedad. Mi abuela tenía unos ahorros intocables, y ella siempre se refería orgullosamente a ellos como el patrimonio de mis nietos. Esa lana, me contó mi papá un día, había salido del marido de la abuela, que sin embargo no era mi abuelo. Nosotros no sabíamos si ese señor se había muerto o se había ido, y ni esperanzas de saberlo porque la vida de mi abuela constituía un tema peor que tabú. Mi mamá y mis tías la admiraban incondicionalmente, se le sometían y en todo seguían sus consejos. Mi abuelita tenía voz de mujer joven, era una señora regordeta, severa pero siempre sonriente. A mí me costaba trabajo aceptar que la muchacha que aparecía en la foto grande que estaba en el comedor era la madre de mi abuela.

Las aventuras de mi tío y las intrigas de las mujeres, más que un motivo de sobresalto, me significaban una entretención placentera y pretendidamente inofensiva. Eran esa mengambrea emotiva que mantiene el interés en las telenovelas. Porque mi verdadero dolor –lo que, bien mirado, era la fuente de mis desequilibrios– se hallaba en las continuas desavenencias de mis padres. Sin saberlo, yo estaba harto dolido con ellos. Cuando mi padre volvía a casa por la tarde me mordisqueaba la angustia porque seguramente mi madre le haría un reproche; lo cargaba con culpas que a él lo ponían de mal humor o triste, lo cual redundaba en evitar que en la noche tuvieran relaciones sexuales. Yo esto lo sabía con un instinto como de perro que sabe por el olor qué hembra anda en celo. No se piensa, se siente. Se dis-

gustaban a diario; pero lo más desesperante no era eso sino la reconciliación. Cada vez que hablaban se ponían muy serios, era como si estuvieran cuchicheando de un crimen o de que no existe Dios o que ya se va a acabar el mundo. Cada reconciliación en realidad era una promesa de que ya nunca jamás se iban a pelear. Al principio, escuchar esta promesa me tranquilizaba, porque en mi cabeza de niño creía que ahora sí se iba a cumplir. Pero se cumplía pura chingada. Finalmente, me resultaba un enigma por qué ellos no podían estar juntos, si se veía que mi papá quería a mi mamá, si trabajaba duro para mantenernos, si también mi mamá lo quería, si yo me acuerdo que frente a sus hermanas y sus vecinas, incluso ante la abuela, mi mamá siempre decía cosas buenas de él. Yo creo que la cuestión era justamente el sexo.

A la tía Susi desde luego no se le consideraba de nuestra familia. Mi tío Arturo se la había encontrado. Ella me contó que se habían conocido en una fiesta de disfraces, en casa de una de las amigas de Arturo. Dice mi tía que desde el principio le gustó mi tío, y que ella a él. En alguna ocasión mi madre comentó que la familia de Susana era del norte, del estado de Sinaloa, de Mazatlán o Guamúchil. Y que aquí en México no tenía a nadie. A sus hermanas y a mi abuela las tomó tan de sorpresa la aparición de esta chava que nadie protestó de que viviera en la casa. Susi le había caído bien a mi abuela y no le pareció mal para su hijo, y también porque pensó que una mujer haría un poco menos fácil que Arturo se metiera en desmadres, lo tendría más aterrizado. Yo digo que su presencia, la de mi tío Arturo y mi tía Susi, le hacía bien a la casa, vigorizaba el jardín. Ellos cogían diario.

Cuando esto pasó yo aún no salía de la infancia. Creo que mi adolescencia la inició el hecho de que volví a ver a mi tío Arturo una vez. Ocurrió a finales del primer año de la escuela secundaria; la detestaba por su obtusa disciplina de uniformes, corte de pelo a la *brush* y honores a la bandera. Ésta era la norma en las escuelas del gobierno, a la cual asistía por disposición de mi madre, que repetía como perico las ideas de mi tío y en todo contrariaba a mi padre. Y aunque seguía a mi tío en eso de que yo tuviera una educación popular, en lo tocante a la educación de mis herma-

www.edicionesera.com.mx

nas se mostraba más bien partidaria del catolicismo de mi padre, pues amén de que las había inscrito en el Colegio Tepeyac no les permitía maquillarse para ir a las fiestas, vigilaba religiosamente el nivel de la bastilla de sus vestidos y nada de novios...

Yo no era particularmente problemático, o no a la manera común de los estudiantes rijosos o incumplidos. Me gustaba andar solo y decir entre mis compañeros mis opiniones acerca del director o los profesores, por lo cual éstos se vengaban sometiéndome a tareas injustas como pintar los enrejados o excluirme de los juegos de baloncesto. Pienso que por eso me quedé así tan flaco, pues relacionaba los deportes con la frustración. En aquel tiempo, las escuelas secundarias daban un documento que se decía indispensable para ingresar al bachillerato o para conseguir empleo en caso de no continuar estudiando: la carta de buena conducta. No me costaba demasiado esfuerzo pasar las asignaturas, y a ese respecto con nada podían amenazarme. A los meses, convencido de que aquella puta carta no era sino un espantajo, me decidí a irme de pinta. Me presentaba puntualmente a la escuela, pasaba la primera lista y me saltaba la barda, lo cual volvía a hacer a la hora de la salida pero para ingresar y decir presente en la lista postrera. Yo lo hacía para evitar que les mandaran un reporte a mis padres, aunque estaban muy ocupados en sus disputas y no me pelaban.

Evadirse de la escuela no tenía nada de asombroso, pero a mis compañeros les resultaba un despropósito que yo me corriera la pinta solo. ¿A quién se le ocurre meterse solo al cine, ir como un perro a Chapultepec, entrar sin amigos a las salas de billar, donde sí podía resultar peligroso no aparecer acompañado? Mi conducta atrajo la curiosidad de otros vagos y así me hice muy amigo de un chavo locochón que tenía todos los discos de los Beatles, y nos aficionamos al trago. Cierta vez se nos ocurrió colgarnos de las escalerillas que antes tenían las pipas de Petróleos Mexicanos en la parte trasera. Es sabido que los choferes de estos vehículos los maniobran cual autos deportivos. Cuando la pipa tomó una vía rápida, lo que al principio fue emoción comenzó a tornarse miedo. De pronto vimos aparecer otro camión tanque que aumen-

tó la velocidad para emparejarse al nuestro. Yo supongo que el conductor del segundo camión trató de avisarle a su colega que llevaba dos moscas en la escalerilla, y también supongo que nuestro chofer tomó el alcance y los bocinazos de la otra pipa como una provocación a las carreras porque aceleró hasta adquirir el apremio de una ambulancia. Yo iba asido con tal fuerza a los tubos de la escalerilla que los brazos se me entumecieron, también apreté sobremanera los párpados para no mirar el vertiginoso paso del asfalto, invitación a rodar como un animal atropellado. Ya bien avanzada la autopista a Querétaro el camión hizo alto en un cruce del ferrocarril. Ni mi amigo ni yo nos podíamos bajar cuando la pipa se detuvo. Me sentía como disecado pues tenía los ojos abiertos y no podía ver. No recuerdo cómo regresamos a la ciudad, pero la siguiente imagen que tengo en la memoria ocurre en casa de mi abuela, donde pensaba refugiarme hasta que se me pasara el susto. Parado bajo el follaje del pirul, me quedé pensando en lo que diría mi madre si yo me muriera. No había nadie en la casa, seguramente habrían salido a la carnicería o a traer las tortillas. La soledad de la casa no hizo sino dar pábulo a mis pensamientos fúnebres y casi me desvanezco cuando mi tío apareció por el otro lado del patio, junto al colorín. Me solté a llorar por la rareza de mi estado de ánimo que confería al ambiente un halo de ultratumba, reforzado por el hecho excepcional de que no estuviera ni mi madre ni mi abuela ni la tía Lina en casa. Mi tío me abrazó; por debajo del excitante olor a camionero que despedía, alcancé a percibir rastros del perfume de mi tía Susi. Sin palabras, con una intuición en bruto, supe que la había venido a ver a escondidas. Llevaba una pequeña maleta con el escudo de un equipo de futbol. Me invitó un cigarrillo, que siempre fumaba a escondidas, pues entre las fijaciones de mi familia, fumar en presencia de los padres era tan imperdonable como que lo vieran a uno fornicar.

Yo no dije nada porque sentí que esto que había visto era sólo para mí, además de que no encontraba la manera de que alguien en la casa se interesara por lo que a mí me sucedía. Vagamente vislumbraba que vivir bajo la férula de mi madre y su madre era

www.edicionesera.com.mx

una garantía de naufragar en la casa, en mi propio cuerpo, en una vida que en el mejor de los casos podía transcurrir en un estado de placidez animal.

En el periodo entre mi salida de la escuela secundaria y mi ingreso al bachillerato me dio por vagar en las calles, como buscando algo o más exactamente a alguien, quizá a mi tío... Qué triste todos dicen que soy, que siempre estoy hablando de ti... A veces salía a caminar por el bosque que había al costado de la avenida Insurgentes, donde empezaba la carretera a Pachuca, y me iba de aventones hasta donde los choferes de los camiones cargueros me quisieran llevar o hasta donde sentía que ya me había ido muy lejos y me daban ganas de volver. Allí conocí a Enrique, el Quique, que era el conductor más rápido de la ruta México-Laredo. Me producían asombro esos tipos solitarios, de barba hirsuta, que oían canciones rancheras. Si nos dejan, nos vamos a querer toda la vida... No deseaba ir a ningún lado, sólo viajar con ellos. Allí, a bordo de esas rugientes máquinas, que apestaban a pies, se movían demasiado, hacían sudar, me quise alejar por primera vez de la influencia de mi familia. Pero no tardé en regresar a la casa, y con la sensación de haberme vomitado encima. Topaba a mi amigo Quique una vez a la semana, cuando retomaba el camino hacia el norte. Yo siempre andaba tan ridículamente limpio que usaba pantalones blancos. Quique se burlaba un poco de mí, me llamaba pollito, huevo de mamá gallina. Esa última vez que lo vi detuvo el camión frente a un conjunto de fondas al lado de la carretera. Comimos y luego dijo que debía medirle el aceite al radiador o algo así. Se veía como un cíclope asomado al motor del vehículo. Terminó lo que estaba haciendo y saltó a tierra; me pareció muy grande y peligroso. Estaba asquerosamente sucio de grasa y sudor. Era chocante el contraste entre su figura y mi aspecto de niño de colegio en uniforme de lunes. Se me acercó con un gesto que nunca le había visto. Empezó a reírse. Yo lo miraba sin parpadear; entonces se hincó frente a mí y pasó rápidamente su dedo por mi bragueta. Me dejó allí una mancha negra. Sentí que ésa era una marca y me dio mucho miedo y ya no quise continuar el viaje.

Como no soportaba estar en casa, busqué a mi amigo el de las pintas y durante un mes anduvimos recorriendo las sierras de Hidalgo y Puebla. Con suerte porque aunque no traíamos dinero siempre comíamos y pernoctábamos bajo techo. Ya entonces sólo usaba pantalones vaqueros. La amistad con mi amigo derivó en un noviazgo con su hermana. Ésta fue una relación perturbadora porque mi novia se parecía a mi amigo y no nos entendíamos bien en lo referente al sexo. Ella era medio santurrona y yo muy tímido para esas cosas porque al respecto no había tenido más educación que los esquemas de los aparatos reproductores del hombre y la mujer de los libros de la secundaria y las conversaciones puñeteras de mis compañeros. Y como nuestra iniciación sentimental corría a cargo de las canciones de José José, mi imaginación erótica estaba muy poco evolucionada. ¿Y cómo no, si el sexo, esta sola palabra, era para mis padres como un cadáver insepulto que apareciera en medio de la sala? Yo era tan silvestre que ni siquiera me daba curiosidad el tema, no sé qué operaciones había efectuado mi cerebro para relegarlo, para evitarlo más por olvido que por prohibición. Así que la mayor parte de mis ideas la fueron acaparando unos libros de física que mi tío Arturo había dejado en la casa, y el cerro de revistas *Duda* –casi una publicación extraterrestre– que coleccionaba mi tía Lina. Esas lecturas me producían tristeza y una desolación intergaláctica. Comencé a ambientar mis emociones en esos espacios descritos con logaritmos, veía planetas arrasados y gente muy sola en una oscuridad vacía sin fin ni Dios ni nada.

Una tarde encontré a mi tía Susi con unos amigos en su casa. Yo no me acercaba cuando estaban ellos, que venían una vez al mes, porque se callaban apenas aparecía. Se me hace que fumaban mota y se sacaban de onda con mi presencia. Yo estaba a mediados del bachillerato, mi tía era quince años mayor que yo y no teníamos muchos puntos de contacto. Pero esa tarde sus cuates se fueron temprano y me animé a buscar a mi tía. Estaba un poquito borracha. Me asomé por la ventana; de las paredes colgaban retratos de mi tío Arturo que ella misma había hecho. Había una fotografía que me gustaba particularmente: él estaba

www.edicionesera.com.mx

sentado; miraba arrobadamente a la cámara o más bien a Susi. Se veía contento. A sus espaldas se distinguían niños jugando, parejas abrazadas, una fuente. Mi tía nunca quiso regalarme ni una foto.

Estos años cruciales de mi adolescencia los viví sin saber si mis actos dependían de mí o si yo era sólo el traje o el disfraz de alguien que tenía cosas que hacer. Ya estaba en su apogeo mi necesidad de acercarme a Susi, que me inspiraba más confianza que mi abuela o mi hermana la grande. Me urgía tener un punto de referencia para saber cosas de mí. Con el propósito de llamar su atención, le dije a bocajarro que había visto a mi tío.

–¿Cuándo lo viste? –me preguntó, crispada.

–No hace mucho.

–Mentiroso... ¿Qué te dijo?

–Que te extraña, tía, que nos extraña –su reacción me llenó de regocijo–. ¿Cuándo va a venir por ti? –lo dije para terminar de sondearla.

Me atrajo hacia su pecho y comenzó a pasarme la mano por el pelo. Yo casi ronroneaba de caliente, pues deseé que a partir de entonces nos uniera una secreta complicidad, aunque no supiera en qué traducirla. Me declaré su incondicional cuando me dio las gracias por estar con ella y tener esperanza. No me atrevía a preguntar de qué.

–Se me adelantó –dijo tristemente.

Yo preferí quedarme con la duda de si esta frase era el lugar común para referirse a alguien que ha muerto, o si mi tía aguardaba encontrarse con Arturo, vivir con él, tener una familia. Pensé en eso porque a mi tía le gustaban las canciones de Leonardo Favio, esas donde hablan mucho y pasan ambulancias. Todas las cantaba pero con más ganas esa que dice: quiero aprender de memoria con mi boca tu cuerpo, muchacha de abril, y recorrer tus entrañas en busca del hijo que no ha de venir... Oírla me parecía un privilegio, acceder a los secretos de lo que le pasaba en la vida.

La amistad con ella me tornó un poco extrovertido y me dio por inventar que era un enviado de otro mundo, y a quien qui-

siera oírlo podía decirle dónde había dejado estacionado mi platillo volador. Mi tía Susi era la única persona que me seguía la corriente. Me interrogaba para que confesara de qué planeta venía, cómo vivíamos allá, si los amores duraban. Entonces yo le describía el Planeta Rojo, sus urbes flotantes, detallaba que sus habitantes habían desarrollado una especie de membranas entre los dedos, tenían manos de pato, para ir de un lado a otro de la ciudad. ¿Con esas manos se acarician? Susi conseguía que mis historias se volvieran pícaras cuando indagaba cómo hacíamos el amor en Marte. Entonces yo me quedaba mudo, de gusto y placer, porque esas descripciones le tocaban a ella. Nos divertíamos hasta las carcajadas...

Aunque cierta vez uno de nuestros juegos terminó en llanto. Me había pedido que la acompañara a comprar los regalos de Navidad para mi abuela y las sobrinas pequeñas, las hijas de Elvirita, la hermana menor de mi madre. Fuimos a Plaza Universidad; por aquella época acababan de instalar las primeras máquinas de refrescos. Mi tía Susi sacó del monedero la condecoración de mi tío Arturo. Me hizo un guiño para obtener mi complicidad en un homenaje secreto a su desaparecido esposo. Empujó la medalla por la ranura y me cedió el honor de elegir la marca del refresco. Cuando oprimí el botón de la Coca-Cola los dos nos reímos, como si la elección significara algo más que eso y le diera un énfasis a nuestra burla contra no sabíamos quién. La máquina se tragó la moneda sin escupir la botella... Absorbidos por la inercia que nosotros mismos habíamos creado, le dimos a este hecho un significado ominoso que pareció confirmarlo la inmediata aparición de un gendarme cuando comenzamos a golpear la máquina para que nos devolviera la moneda o nos entregara la mercancía. Susi le lanzó al policía una mirada láser al tiempo que se le salían las lágrimas. Yo sentí como si mi tío Arturo se hubiera salido de la nave, y que se quedaría cayendo eternamente para arriba hasta que una estrella lo cremara...

Mi papá, que ya no vivía con nosotros, cuando venía a la casa se iba lo más pronto posible porque mi mamá lo acosaba con reproches y exigencias de dinero. Y yo digo que en ese tiempo no

www.edicionesera.com.mx

me quería, le encabronaba que yo me ciñera tanto a mi abuela y que tuviera mi cuarto lleno de juguetes. Mis dos hermanas habían hecho alianza con mi madre en contra de él y yo me fui sintiendo cada vez más solo, y casi desamparado cuando en el bachillerato llegó la hora de definir qué materias cursaría durante el último año, con miras a ingresar en la universidad. Ya había decidido estudiar física, pero ese año la escuela me valió una chingada y me dediqué a la vagancia y a chupar con mi cuate éste que ahora era mi cuñado. Puede sonar extraño que confiese que hubo un tiempo en que si no me despertaba crudo sentía que estaba desperdiciando mi vida.

Mi padre más o menos se dio cuenta. Me ofreció irme a vivir con él, inscribirme en la facultad de estudios que quisiera. Yo no podía, por más esfuerzos que hacía, sacar las manos de los bolsillos. Mi padre me daba pena y miedo. Era grande, fuerte, tan velludo que los pelos se le escapaban por las fosas nasales y las orejas, pero se veía todo apachurrado, andaba con la camisa sin planchar, los zapatos gastados...

–¿Te vienes a vivir conmigo?

Yo no tenía ninguna certeza y a todo le respondía con mi estúpido silencio.

–Allá tú –dijo finalmente.

Su venganza sería no volver a darme dinero, y eso me entristecía más por él que por mí. Porque su habilidad para largar vendedores, buhoneros y mendigos, esa tacañería intransigente que nunca le permitió el trato con un buen sastre, le facilitó en cambio la simpatía por unas arpías horrendas como monjas que vinieron a venderle exitosamente una cripta a perpetuidad en el sótano de la iglesia de la colonia Industrial.

Un sábado en que mi papá había venido a visitarnos, mis hermanas se estaban arreglando porque a las seis pasarían sus amigos por ellas; mi mamá ya había comenzado a pensar en un partido para Lorena, la mayor. Mi papá traía un martillo o una herramienta en la mano, porque seguramente andaba reparando algo. La abuela estaba con sus nietas y mi mamá. Susi había comido con nosotros, y continuaba fregando los platos en la co-

cina. De pronto se abrió la puerta, y quizá no nos hubiéramos percatado de ello si no es por la violencia con que aparecieron un par de tipos en la casa. Ver a esos energúmenos en la sala, faroleando la pistola que cada cual traía en la cintura, nos tenía alelados.

–¿Dónde está Martín? –ese día me enteré que éste era el segundo nombre de mi tío–. ¡No se hagan pendejos! –se veían muy enojados y también nerviosos.

Dijeron que eran de la policía judicial y nos amenazaban con groserías. El peligro era concreto y al mismo tiempo vago. ¡Qué querían estos fulanos! ¡Qué pensaban hacernos! Yo tenía los antebrazos en la mesa. Mi abuela sostenía entre los labios los rizadores con que se peinaban mis hermanas. Mi papá, con expresión de cura indignado, acomodándose los lentes con la mano, les dijo que ésas no eran formas de entrar a una casa o algo así.

–Mi hijo está muerto –mi abuela se interpuso entre ellos y mi padre. Tal afirmación, que nunca se había pronunciado en la casa, nos volvió a la realidad–. ¡Lárguense!

Sin perder la pose retadora, nos miraron detenida y silenciosamente. Mis hermanas se veían guapas. Mi mamá estaba entre ambas. Yo tomé el peine que mi abuela había lanzado a la mesa y me lo puse enfrente de los ojos: los veía a todos como presos tras unos barrotes.

Por la mente me pasaban imágenes rapidísimas, como de película muda en que los malos atan a la bonita a las vías del tren y el galán se demora mucho en salvarla. Entonces me acordé de mi tía Susi. Justo en ese trance me vino la primera revelación, por llamarla de alguna manera. Me pareció que lo que tenemos ante nosotros y en nosotros es la pronunciación de un relato que no se verbaliza con palabras sino con nuestra vida. Sin pensar –literalmente– me levanté de la silla y me dirigí hacía la puerta, con la intención de salir al patio. Me veía a mí mismo como si estuvieran mis ojos en el techo, como si todo esto y el mundo estuvieran pasando sólo en mi cabeza. El caso es que enseguida sucedió lo que inconscientemente había calculado. Los tiparracos esos se salieron detrás de mí. Mi abuela los siguió. Su actitud había

www.edicionesera.com.mx

cambiado y ya en la calle, del otro lado de la cerca, por lo que le preguntaron a mi abuela me di cuenta que antes de irrumpir en la casa se habían metido a la casita de Susi y seguramente también habían husmeado en la nuestra.

–Allí vivía –dijo mi abuela señalando hacía el colorín–. En la otra casa vive una de mis hijas con su esposo.

Yo me regresé a la cocina a abrazar a Susi, que estaba pálida y no podía ni hablar. Desde los catorce años ya sentía rico acercarme a ella. Daban ganas de abrazarla, sobre todo si uno era chico, porque hacía falta tener cierta talla para mejor aprovechar las formas del cuerpo de la tía...

El punto culminante de esta pasión pueril llegó poco tiempo después de que mi abuela muriera. Enseguida mi tía Susi comenzó a distanciarse de nosotros. Se fue a vivir a otro lado y la extrañaba... Además de la soledad, siempre me punzaba la sensación de no saber lo que estaba pasando. La realidad me resultaba algo indefinible, un amasijo de emociones, una piedra que sangra. De este oleaje de sentimientos sólo pude darle coherencia a una serie de oraciones acerca de la compasión y la lealtad que mi tía Susi había tenido con mi abuela. Porque nunca me pareció justo para mi abuelita que mi tío se fuera de esa forma. Ella se quedó con el sentimiento trágico de su desaparición y eso finalmente la mató. Vi entre la neblina que mi tía Susi se alejaría definitivamente porque ella no era de nuestra familia, no tenía hijos ni verdadera amistad con sus cuñadas; además –y esto pesaba más de lo que suponía– nunca se había casado con mi tío Arturo, habían vivido en unión libre: eran compañeros, como decían ambos.

Mi desolación adquirió proporciones abismales cuando mi noviecita me cortó. En complicidad con mi memoria empecé a urdir la versión de que mi novia me había dejado por un hombre rico, lo cual me permitía no ver la verdad... Considero que el desencuentro amoroso es el distintivo de la vida de mis amigos y amigas, todos son divorciados por lo menos una vez, o desahuciadamente solteros. O abandonados, como mi tía Susi, que había quedado ante sus cuñadas más como una amasia dejada que como una viuda.

Con el corazón hecho un trapo me atreví a llamarla por teléfono a la tienda de fotografía donde trabajaba. No sabía exactamente qué decirle, sólo que quería verla. Para aguzar el dolor que me había causado mi novia, me había peleado nuevamente con mi madre y mis hermanas, empeñadas en dirigirme la palabra sólo para criticarme. Ya no platicábamos porque mis pobres hermanas, televidentes empedernidas que se hicieron feas de tanto sentirse bonitas inalcanzables, se simbiotizaron con el lado más antisocial de mi madre y se la pasaban cuchicheando del prójimo.

El enojo contenido me dificultaba conservar a mis camaradas y las chicas que se interesaban por mí acababan sintiendo miedo de alguien tan imprevisible. Esto lo supe después, porque en ese entonces yo no me daba cuenta de nada, ni siquiera de que odiaba a mi familia.

Susi y yo quedamos de vernos en la cafetería del boliche Lindavista. Nebulosamente había tramado chantajearla un poco, sacarle unos apapachos. Sin ningún pudor le dije que había vuelto a ver a mí tío Arturo.

–Me estuvo esperando a la salida de la escuela...

–¿Cuándo vas a crecer? –respondió ella, molesta–. Me duele que seas cruel conmigo. ¡Cállate! No sabes lo que dices y no te imaginas lo que está pasando. Vámonos de aquí... Tengo que hablar contigo...

En ese momento se me ocurrió pensar que a mi tía Susi debían de resultarle más que cargosas las acometidas de un adolescente calenturiento, y que por eso dijo lo primero que le pasó por la mente para desembarazarse de mí.

–Tienes que ayudarme –puso sus ojos en tal posición que me hizo pensar en una vampira, en alguna de esas mujeres que salían en las películas que daban en el cine Venus–. Me quedé sin trabajo. Hoy fue mi último día... Pero eso me facilita las cosas...

Salimos a la calle y paramos un taxi, lo cual me obligó a pensar en algo grave. Estábamos a comienzos de los años ochenta y muy pocos podían darse el lujo de pagar un carro de alquiler. Mi tía le ordenó al conductor que nos llevara al Centro. Para mí, desde

www.edicionesera.com.mx

siempre el Centro fue el sitio más importante de la ciudad. Allí se compraban los muebles para la casa, en los cumpleaños de la abuela íbamos a comer a la Hostería de Santo Domingo, allí estaban las cantinas que frecuentaba mi tío, el gobierno decía las más grandes netas, se ubicaba la catedral para oír misas de veras, y también allí estaban las casas de empeño. Mi tía no habló en todo el camino, se había sentado lo más lejos posible de mí. Nos apeamos en la calle del Cinco de Mayo, junto a una tienda donde vendían cinturones, pañuelos y sillas para caballos. Caminamos unos cuantos pasos y nos metimos al café La Blanca. Yo pedí una cerveza y ella encendió un cigarrillo frente a su café negro.

–Esto que te voy a decir es muy serio. Tu tío no está muerto.

Me imagino la carota de pendejo que yo puse. No cabía del estupor de no poder comprender cómo había hecho mi tía para sacarme de la jugada. Las imágenes cachondas que tenía en la cabeza se me cambiaron por las imágenes de los largos pasillos del Pentágono. Mi tía Susi me estaba diciendo que su marido, mi tío Arturo, trabajaba para la CIA. ¿Cómo es ese pedo?, me quedé pensando. Yo no sabía bien a bien lo que era la CIA, pero tenía muy claro que eran unos ojetes que andaban desapareciendo gente en México.

–¡Conque la *cía!* –dije.

–Pero no es como tú te figuras.

Un cigarro prendía al siguiente. Pues sí, que mi tío Arturo se había dejado reclutar en Nicaragua, pero sólo para infiltrarlos. Que la primera parte de su misión había consistido en identificar a los más radicales de los comunistas. Era preciso evitar que los gringos hallaran el pretexto para darse el gusto de bombardear la Ciudad de México. No era un chiste.

Luego me dijo que mi tío había desertado... ¿Cómo? ¿De qué?

Yo había repasado varias veces la leyenda que hicimos de mi tío Arturo. Estaba convencido de que a él lo había jalado el destino. Él no era militante de ningún partido, no era líder ni tenía intereses personales en lo que fuera obteniendo el movimiento ése en que él andaba. Era algo que estaba en el aire, ni siquiera era una bronca de partidos o personas concretas, definidas. Eso

estaba en el ambiente desde mediados de los años sesenta y no había forma de evitarlo, además ya se había acabado, pues según yo las actitudes subversivas se esfumaron por completo con el comienzo de ese aputarramiento colectivo que fue *Saturday Night Fever*.

Mi tía no me dejaba hablar, porque pasó a contarme que en medio de ese desmadre mi tío había dado casualmente con una salida a un lugar que las potencias querían ocultar mediante la violencia en las calles. A decir de mi tío, sólo era cuestión de estar atento para saltar a ese sitio cuando se abrieran las puertas, lo cual sucedería durante la próxima prueba nuclear. Había encontrado el paso franco a la catafixia, y eso es lo que él había venido a decirle a Susi. Le prometió a mi tía que se rifaría a fondo, que no importaba qué tuviera que hacer ni con quién juntarse para conseguir que ellos dos pudieran escapar. Que ese lugar en algo se parecía al de la foto preferida de mi tía.

Llegados a ese punto sentí que alguien murmuraba. Entonces sucedió: la voz pronuncia con contundencia nuestros actos. Verbaliza –materializándolo, cumpliéndolo– cada detalle sobre textura, olor, temperatura, las ideas fugaces que cruzan nuestra mente. Es una voz andrógina, pronuncia pausadamente y con dicción perfecta. Siento su respiración en la nuca, en la espalda, en la palma de las manos, las axilas. Su boca es todo el espacio, la lengua el tiempo, y no hay manera ni voluntad ni deseo de evitar que suceda lo que sale de allá dentro.

–Necesito dinero. Sólo tengo lo de mi liquidación del empleo y no me alcanza... Debo hacer un viaje... No preguntes... ¿Vas a ayudarme? Tú tío acaba de comunicarse conmigo, me está esperando. Debo irme cuanto antes.

Obviamente pensé en los ahorros de mi abuela, que habían sobrevivido a las vacas flacas. Pero este dinero ahora lo custodiaban mi tía Lina y mi madre y no había manera de darle ni un pellizquito. Si esto lo hubieran sabido mi madre y mis tías, habrían dicho que Susi era una lagartona que quería sablearme, y de haber sido yo una persona maliciosa hubiera pensado que mi tía Susi quería irse con un hombre o huir de algo. Me aver-

www.edicionesera.com.mx

goncé al pensar por un instante que me estuviera engañando... Era mejor creerle porque para mí eso significaba que ella y mi tío lograrían lo que nadie había logrado en mi familia, lo que nadie que yo conociera había logrado. La angustia y la ansiedad de sus gestos eran reales, y sus emociones tan intensas que me pareció que esa misma tarde, ante mi presencia, se estaba efectuando un cambio en ella, que se hacía una mujer más nervuda, mayor, y con esa belleza esplendorosa que aguarda a ciertas mujeres en la madurez, cuando cuajan por completo y parece que han vivido sólo para llegar a esta cúspide en que son más deseables que cualquier beldad veinteañera. Algo también cambió en mí, alguna pieza acabó de acomodarse entre mi alma y mi cuerpo. Creo que fue la enigmática atracción hacía mi tía lo que rompió finalmente las amarras: el nebuloso deseo que en varias ocasiones me había despertado se convirtió en identificación, en ganas de emularla, en una admiración como la que una niña puede sentir hacía una madre dominante y dueña de sí.

Por supuesto que debía ayudarla. Repasé mentalmente los rostros de las personas a las que podría pedir un préstamo, y me sentí incómodo y cagado cuando el fichero se detuvo en mi padre. Hacía mucho que no lo visitaba en su casa, seguíamos emocionalmente distanciados por las guerras subterráneas que continuaban entre él y mi madre. Ya me había dado cuenta que a mi padre le dolía que yo viviera atenido con pasividad infantil a las voluntades de mi madre y sus hermanas. Cuando llamé a su puerta entendí que mi padre me reprochaba no que prefiriera vivir con las mujeres sino que no hubiera logrado hacer valer mi masculinidad, que no compartiera con él las cuitas y preocupaciones de todos los adolescentes cuando empiezan a ser hombres. Al percatarme de la gustosa perplejidad que le causaba mi visita, me asaltaron unos impulsos muy cabrones, una sensación de poderío oscuro capaz de manipularlo; me sentí como una bruja.

Siempre había tenido el deseo de que mis actos alcanzaran la misma fluidez que mis pensamientos. Antes creía que yo era inteligente porque podía percatarme de cómo son las personas, pero luego pensé que era sólo malvado porque aprovechaba esa infor-

mación para conseguir cosas que no eran importantes y además me hacían estúpido y frívolo.

Yo quería cambiar o más exactamente dejar de ser lo que no era. ¿Cómo vivir sin que los actos y los minutos sean sólo una acumulación de datos biográficos? O sea ¿cómo convertir la acción en un método para despojarnos de lo que no somos, lo que no nos pertenece, y así, quitándonos de encima capas de existencia parásita, sedimentos de los minutos que se acumulan en nosotros, dar con quien realmente somos? Esa tarde comencé a desear que la vida no fuera una acumulación de cosas sino una danza en que cada paso significara soltar un lastre.

Me miró de pies a cabeza y pareció complacerle que trajera puesta la chamarra de cuero de mi tío Arturo, que me quedaba grande. Mis botines de charol y el suéter de cuello de tortuga me ponían fuera de la moda al tiempo que me daban un aire rebelde y original. Del mueble de la cocina mi padre sacó una anforita de tequila, una botella de cuarto de litro del ponzoñoso tequila Sauza blanco. Ver que mi padre no se atreviera a comprarse una botella como Dios manda me produjo una mezcla de enfado y desprecio. Me sirvió una copita de su chingada marranilla, seguramente creyendo que yo me sentiría importante por compartir un trago como dos machos en una cantina.

Mi desasosiego –potenciado por su aspecto descuidado, los restos de comida sobre la mesa, el piso pringado, el insoportable olor a humedad y rancio que emanaban las paredes, empiojadas con imágenes de santos y un cuadro de la virgen de Guadalupe–, mi padre quiso tomarlo como la gran oportunidad para hacer algo por mí y ponerme de su lado. Mis padres tenían en común el ego carcomido por un orgullo que les dejaba imaginarse que la gente del mundo se dividía entre los que estaban a su favor y los que estaban en su contra. Yo en verdad no estaba del lado de nadie, simplemente me quedaba en el lugar donde me sentía más cómodo, donde podía ser débil y perezoso sin que nadie me molestara.

–¿Qué te pasa? –el tono de su pregunta me hizo fantasear que él era un fraile y yo un pobre indio sin alma. Pensé que esa ima-

www.edicionesera.com.mx

gen le hubiera gustado, que mi padre necesitaba sentir que poseía atributos que él admiraba: autoridad y benevolencia.

No perdía de vista que mi prioridad era ayudar a Susi. Sin esfuerzo me apachurré en una silla, con las manos en los bolsillos, soltando un suspiro de desamparo.

–¿Qué te pasa?, dime. Yo puedo ayudarte.

–Dinero... Necesito dinero... –el tono de mi voz le facilitó a mi padre colocarse donde quería estar.

–¿Para qué lo quieres?

–No puedo decirte... Además no me vas a creer, no lo vas a entender.

–¿Por qué no habría de entenderlo? Anda, dime...

–No puedo, papá –me levanté teatralmente de la silla. Mientras me acomodaba el cuello de la chamarra me miré en el espejo roto frente al cual se afeitaba mi padre–. Lo necesito, de veras...

–¿Se puede saber cuánto...? ¡Ah!, ya sé –por un momento temí que fuera a decir que mi madre me enviaba, pero su rostro se iluminó. Me tiró un golpe exultante al hombro–. Embarazaste a una chava, ¿verdad, cabrón?

El chasquido que su palma hizo en el cuero de mi chamarra reverberó en mi mente de tal manera que vi una luz: era claro que le importaba más el pito de su hijo que todos sus crucifijos y bulas papales juntos. Me llevé una mano a la mejilla para comprobar que estaba yo realmente allí, de pie en medio del absurdo. Moví ligeramente la cabeza y él pareció más feliz porque interpretó mi silencio como una afirmación a su pregunta. Hoy en día podría considerarse ridícula la suma que me dio, pero entonces era un dineral.

Al llegar a la calle comencé a correr hasta que se me olvidó adónde iba. Miré mi reloj, que era el de mi tío Arturo. Susi ya debía de estar esperándome en la Central de Autobuses del Norte. Traía una maleta pesada, sus zapatos de tacón. La acompañé a los andenes. Me dio un beso cuando le entregué el dinero. Vi que el autobús iba hasta Matamoros, Tamaulipas, y no me aguanté las ganas de preguntarle a mi tía adónde exactamente se dirigía.

–Al Planeta Rojo –me dijo, y convirtió su conato de lágrimas en una carcajada.

Me demoré en el abrazo y no quería soltarla. Espera, aún la nave del olvido no ha partido: me vino espontáneamente a la memoria la letra de mi canción favorita –por alucinada– del Príncipe.

–Dale un gran beso a mi tío.

En la escalerilla del autobús el revisor le pidió el boleto. Ella se volvió a mirarme un instante. No había querido verbalizar la despedida ni preguntarle si nos volveríamos a ver, quizá porque sentí que era yo quien se iba. Tampoco lloré, porque me dio mucha alegría darme cuenta que mi tía llevaba su cámara de fotos.

www.edicionesera.com.mx